

Jués 4 de abril, 1839.

EL PANORAMA,

PERIÓDICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO. — La Loca de Solanto: Cuento lastimoso. — Grecia: Antipáras. — Los Cruzados en Venecia: (Continuacion.) — Teatros: Junta de Lectura. — Cosas de Madrid! — Ramélete.

LA LOCA DE SOLANTO.

CUENTO LASTIMOSO.

Propio de la naturaleza del hombre es el complacerse en las imágenes de la destrucción. El hombre gusta de pasar por sus ojos las escenas de muerte que le recuerdan la universalidad de esta cruda ley, y al mismo tiempo le ofrecen el mas vulgar, el mas seguro consuelo.

Dulce es pensar que la Providencia, que substituye á su placer la obscuridad y las tinieblas á la luz, hará brotar la vida del seno mismo de la muerte. El hombre, rodeado de todos los elementos de alegría y felicidad, corre desde las extremidades del mundo para sentarse algunos instantes en las ruinas de Siracusa, de Palmira, de Memfis ó de Babilonia, y se considera dichoso cuando halla aun en sus ojos una lágrima que derramar sobre aquellos pom-

posos restos. Ay del infelice cuyo corazon marchito desconoce la dulzura de estas meditaciones!

Mis plantas han hollado muchas ruinas, y puedo decir que he vivido en medio de ellas. Pero algunas se han grabado en mi pensamiento con caracteres mas indelebles por la memoria de ciertas circunstancias notables. Entre estas cuento las de la antigua ciudad de Solanto.

En la costa septentrional de Sicilia, á cinco millas al Este de Palermo, y precisamente en la orilla del mar, se eleva una montaña conocida en el país con el nombre de monte Alfano, y tiene un promontorio llamado cabo Zafferano. Parece un gran pilon de azúcar cubierto de malezas y algunas plantas indijenas, entre las cuales figuran principalmente el aloes, la higuera chumba y la odorifera tribu de las labiadas. Allí se ven profusamente esparcidos capiteles casi todos corintios: allí están tendidas cañas de columnas, granitos y mármoles cincelados, nobles escombros que atestiguan la opulencia de una antigua ciudad. El monte Alfano estaba

en lo antiguo enteramente cubierto por una ciudad rica y belicosa, la gran Solanto. Hoy los pastores llevan á él sus cabras y los pescadores enjagan allí sus redes; unos y otros habitan una aldea situada al pié del monte, cuyas cabañas se reflejan en las azules aguas de un pequeño golfo. La industria de los habitantes de la moderna Solanto consiste principalmente en la pesca y exportacion de algunos peces que tambien salen, como el atun, la sardina y la anchoa.

En esta aldea vivia hace pocos años una jóven llamada Michelina Montalbo, que trabajaba tenazmente, aun en las horas mas calurosas del dia, para alimentar los restos de una familia de quien era el único apoyo. Esta familia se componia de la madre, anciana y enferma y de una hermana muy niña, ciega de nacimiento.

Michelina era alta y robusta y sus facciones tenian mas nobleza que regularidad. Al verla en un dia de fiesta, con sus hermosos cabellos de ébano, cuyas trenzas estaban prendidas con arte á la cabeza por medio de una larga aguja de plata, con su saya de paño escarlata y su jubon de terciopelo negro; al ver la tez morena de aquel rostro, su perfil griego y sus gruesos labios de coral, un poeta la hubiera comparado, no á Vénus, sino á Diana cazadora.

Michelina ganaba la vida á jornal, ya ayudando á los pescadores á sacar sus redes, ya salando y disponiendo la pesca; pero lograba mayores ventajas en la época del año destinada á la pesca del atun. Acompañada entónces de algunos marineros de Solanto se dirijia á Termini; la antigua Himera, ciudad situada á corta distancia y donde la pesca del atun es uno de los ramos mas importantes de comercio. En una de estas escursiones vió Michelina á un jóven pescador llamado Damiano, conociólo en el país por el sobrenombre de

el Americano, porque habia hecho un viaje á América, cosa poco comun para los marineros de Sicilia. Damiano siempre procuraba hallarse junto á Michelina en las horas de trabajo, y Michelina instintivamente y sin intencion tenia cuidado de guardarle un sitio á su lado. Estas atenciones escitaban las chanzas de los pescadores y los sarcasmos de las muchachas; ya no se les llamaba de otro modo que *los dos amantes*, y todavia ellos no se habian hecho la mutua declaracion de sus sentimientos. Era una cosa convenida tácitamente, pero aun faltaba á su felicidad el contrato que debia asegurarla.

El año de 1824 fué uno de los mas felices para la pesca del atun; Michelina volvió á su cabaña, satisfecha de sus ganancias, pero turbada por el recuerdo de Damiano; acusaba al pobre jóven de frialdad, porque si la hubiese amado, hubiera debido apresurarse á revelarla su amor, y sin embargo habia guardado un silencio tenaz, difícil de conciliar con su asiduidad en hallarse á su lado. Estos pensamientos tenian á la pobre muchacha pensativa y melancólica; respondia secamente á su madre y hermana, y aun dejaba algunas preguntas sin respuesta. Si salia, sus ausencias eran mas prolongadas, y no dejaba noche alguna de ir á sentarse en la orilla del mar donde pasaba las horas enteras, sola y enteramente ahismada en sus tristes reflexiones.

Dichoso el que haya podido como la amante pescadora gozar del imponente espectáculo que presenta el mar bajo el cielo de Italia! En una hermosa noche de verano, despues del fuego abrasador de un largo dia, el mar, inmóvil hasta entónces empieza á rizarse lijeramente á impulso de la brisa bienhechora. La luna en todo su esplendor despliega sus rayos sobre el vasto golfo como un espejo de plata. Entónces aparece entre las huededuras de una

roca un fuego móvil que se acerca y crece: se le creería un dios marino lanzándose con una antorcha en la mano desde las profundas grutas donde tiene su morada. Poco después un fuego semejante partiendo de otro punto de la costa se encamina hacia el primero: y siguen otros apareciendo y deslizando sobre la tersa superficie de las aguas. Majestuoso espectáculo en que el azul de los mares refleja á un tiempo las luces del cielo y de la tierra! — Estas antorchas pertenecen á unas barcas de pescadores que van de este modo en las noches de verano en busca de ciertos crustáceos.

Una noche que Michelina sentada como de costumbre sobre la playa desierta se abandonaba á sus sombríos pensamientos, llamaron su atención los movimientos que vió hacer á uno de aquellos fuegos ambulantes. Era evidente para un ojo ejercitado que el que dirijía la barca no se ocupaba entonces en la pesca. La luz iba acercándose á la ribera, con gran sorpresa de Michelina, pero de repente desapareció sin que tornase otra vez á verla. La doncella volvió á su casa mas turbada, mas pensativa que de ordinario. Un suceso en apariencia tan poco interesante la había sugerido una multitud de ideas y de comentarios. Así que, á la noche siguiente no se descuidó en ir á su puesto acostumbrado. Apenas se había pasado un cuarto de hora cuando vió aparecer una luz que por la dirección que tomaba conoció ser la misma de la noche anterior. Aproximóse igualmente hacia las rocas que defienden á Solanto, pero con gran sentimiento de Michelina se apagó de repente y desapareció otra vez.

La jóven no pudo contener una exclamación que la arrancó el despecho: pero, oh dicha! oh sorpresa! una voz la contestó, una voz harto conocida que cantaba una barcarola favorita de Damiano. El

viento de la noche condujo á sus oídos las palabras que Damiano modulaba dulcemente.

Hiende, barquilla,
Las ondas bellas,
Rauda por ellas
Deslízate,
Que allá en la orilla
Mi amante espera,
Boga lijera
Que ella te vé.

Era él, era el hombre á quien su alma hubiera preferido si la hubiese sido permitido escoger un esposo! Pero por qué casualidad se hallaba en aquellos sitios? fácil le fuera saberlo preguntándose al jóven que ya estaba muy cerca de la ribera; sin embargo no se atrevía, contentada por el pudor.

El caso era embarazoso; cierto es que ella procuraba dejarse ver, ajitándose continuamente; pero todo fué inútil, porque Damiano empuñando el remo, hizo jirar su barca y empezó á alejarse. Michelina no pudo contenerse ya; creyó haber hallado un excelente pretexto para acallar su conciencia, absteniéndose de llamar por su nombre al objeto de su amor, pero repitiendo en alta voz su canción:

Hiende, barquilla,
Las ondas bellas,
Rauda por ellas
Deslízate,
Que allá en la orilla
Mi amante espera,
Boga lijera
Que ella te vé.

Y huyó en seguida, asustada de su propia audacia, ocultándose detrás de un montón de rocas. Vana precaución! el venturoso Damiano había lanzado su barca con extremado ardor; pocos minutos le habían

bastado para llegar á tierra, y apénas la asustada doncella habia tenido tiempo para esconderse tras de la roca cuando ya estaba su amante junto á ella.

Los amores son mas rápidos en la aldea que en las ciudades, porque hay allí mas sencillez y mas sinceridad.

—Michelina, decía el pescador, desde que partisteis, no tengo el mismo ardor para el trabajo. Olvido las redes y paso los dias enteros con los brazos cruzados y tendido en el umbral de mi cabaña; y todo por vos, porque en vos sola pienso. De noche no duermo, ó si duermo es para soñar con vos. Así que me he resuelto á venir á buscaros y confesaros mi amor. Ayer noche, no sé que temor se apoderó de mí, no me atreví á abordar, y tal vez hubiera sucedido lo mismo esta noche si no hubiera oido vuestra voz! Michelina, ya sabéis que no soy rico, pero si me queereis por esposo, trabajaré con tanto ardor que nada os hará falta.

Michelina, enajenada de gozo, resistió algunos instantes, y despues confesó á su dichoso amante que desde el dia que le conoció, su corazón le habia preferido.

Nuestros dos jóvenes, despues de mil protestas de una fidelidad eterna, quedaron acordes en lo que habian de hacer para conseguir sus fines. Conviniéron en que al dia siguiente Michelina revelaría á su madre lo que habia pasado, y no era dudoso el consentimiento de la pobre mujer porque siendo su hija la que proveía á sus necesidades, no tenía otra voluntad que la de aquel modelo de piedad filial. Al otro dia Damiano sería presentado á la madre de su querida y se celebraría el matrimonio en el término de tres semanas.

Con igual alegría fué recibida la noticia en las dos familias, esperando ambas con impaciencia el momento de celebrar aquel enlace. Damiano escribió ademas á un hermano suyo llamado Antonio, á quien ama-

ba tiernamente y que residía en Nápoles, instándole para que viniese á presenciar su boda.

Mientras que todo se disponía para colmar la ventura de los amantes, Damiano no dejaba de ir todas las noches á Solanto, á visitar á su futura, ni esta de esperarle en la roca que habia sido testigo de su declaracion. Allí entretenia su impaciencia haciendo cálculos que mas de una vez fuéron exactos. Ya baja á la playa, decía entre sí!... ya entra en su barca!... ya dispone los remos!... ya parte!... se aleja del puerto!... ya atraviesa los escollos!... ya dobla el cabo!... ya va á aparecer!...

De este modo se pasáron dos semanas, y solo faltaban ocho dias para celebrarse el himeneo, cuando llegó de Nápoles el hermano de Damiano. Antonio, que llevaba á su hermano cuatro años, se asemeja á él bastante, sin embargo de que su frente era mas ancha y los ojos mas hundidos. Su conjunto, ademas, presentaba un aspecto de dureza que no tenía Damiano. Este, despues de la llegada de su hermano, habia hizado la vela en su barca y todas las noches los dos se dirigían juntos hacia el cabo Zafferano. Allí, mientras que los amantes conversaban en voz baja formando para el porvenir mil risueños proyectos, y disputándose á veces un beso, siempre rehusado y siempre conseguido, Antonio, tendido en la barca, fumaba tranquilamente su pipa, sin ocuparse al parecer de cosa alguna. Al ménos esto era lo que creían Damiano y su querida; y aun á veces aventuráron alguna lijera chanza sobre la complacencia de aquel buen hermano... pero cuan distantes estaban de sospechar la verdad!...

Mientras que ellos se entregaban á las inocentes efusiones de su amor, Antonio arrastrándose como una serpiente, iba á situarse tras de las rocas y de las malezas



de manera que podía verlo y oírlo todo. Su alma ardiente y zelosa iba á beber el veneno en el manantial. Temiendo ser sorprendido en tan equivocada posición procuraba ahogar hasta los latidos de su pecho; pero exasperado este, eran mas violentos sus golpes.

El desgraciado no había podido ver á Michelina sin concebir una pasión furiosa. Habíase esforzado por algun tiempo en ahogar en su seno aquel jérmén de un amor vil, pero sus esfuerzos habían sido inútiles; la mañana, despues de muchas horas de un sueño bienhechor, le hallaba con mas fuerza para rechazar aquel buitre implacable que le desgarraba el corazón; pero la noche y la presencia de Michelina desvanecían sus mas resueltas determinaciones.

Algunas veces, al oír á su hermano dirigirle una chanza inocente, ó al verle esforzarse en arrebatár un beso á su futura, había llevado la mano maquinalmente á su cuchillo y una idea atroz había agolpado á su frente un sudor helado. Los Sicilianos son en jeneral valientes y jenerosos, pero sus pasiones tienen tal carácter de violencia y tan repentinos ímpetus que casi les es imposible prevenir muchas desgracias que aparecen como maldades y que jeneralmente no son mas que el resultado instantáneo de un acceso de cólera.

Estaban una tarde los dos hermanos disponiéndose para su escursión ordinaria, cuando Damiano, que había estado inmóvil contemplando el horizonte, cuya línea flotante iba tomando un color azul oscuro, enseñó á su hermano una bandada de gaviotas y otras aves acuáticas que sacudiendo sus blancas alas se refugiaban en el pucto.

— Antonio, le dijo, me parece que hoy no debemos ir á Salanto. Michelina no puede ofenderse porque ya conocerá que la

incertidumbre del tiempo nos ha detenido. Mira, si quieres pasarémos la noche en componer la red que me has traído de Nápoles y te contaré algunos sucesos de mi viaje á Boston.

— Vaya un enamorado! replicó Antonio con aire indolente. Teneis miedo de constiparos, señor Americano? Ah! no era yo como tú cuando hacía el amor á Mariuzza! El tiempo no me arredraba, y si no hubiera tenido barca, por la sangre de Jesucristo que me hubiera echado á nado ántes que saltar á una sola cita.

— Querido Antonio, voy á confesarte mi debilidad: desde que amo á Michelina y soy amado, la vida me es mas preciosa y temo arriesgarla. Es tan dulce el amor de aquel ánjel! Sería tan horrible perderlo!

De este modo hundía inocentemente el puñal en el corazón de su hermano: es probable que este no había formado todavía el criminal proyecto de atentar á la vida de Damiano, pero alimentaba una vaga esperanza de libertarse, por medio de cualquier catástrofe, de aquella insoponible perplexidad. Si era él quien perecía, acababan sus pesares; si su hermano llegaba á sucumbir, entónces el brazo de la Providencia destruía espontaneamente la mas fuerte barrera elevada entre él y el objeto de su pasión! así que, no dejó descansar á Damiano hasta que le determinó á emprender aquella tarde el viaje cotidiano.

Navegaban los dos hermanos, una hora hacia, y el viento que soplabá hacia la costa los había obligado á internarse en alta mar, para evitar los peligrosos escollos que rodeaban aquella ribera. El tiempo, tempestuoso y oscuro se iba encapotando rápidamente, mas bien por la multitud de nubes que se agrupaban que por la llegada de la noche; las olas engrosaban mas y mas, y ya estaba el mar sembrado de aquéllos

montones de espuma que los marineros designan con el nombre de *corderos* porque aparecen blancos y diseminados como corderos paciendo en una pradera. Un bergantín atravesó junto á la frágil barca y tal era ya la oscuridad que estuvo á pique de sumerjirla; surtaba esta rápidamente las crespas olas y de cuando en cuando asomaba la quilla sobre la superficie de las aguas. Poco despues rompió la tempestad, y los truenos y los rayos aumentáron mas todavía el aparato de aquella escena. Olas inmensas, arrebataadas por un viento impetuoso avanzaban majestuosas hacia la miserable navicilla donde dos audaces criaturas luchaban con todas sus fuerzas contra la furia de los elementos. La barca levantada de pronto á una altura prodijiosa caía precipitada en el fondo del abismo y se elevaba una y otra vez para tornar á caer. Damiano dirijia el timon, mientras que su hermano cuidaba de los remos. Ambos guardaban un profundo silencio: el primero pensaba en Michelina é invocaba mentalmente á la Virgen y todos los santos del cielo, suplicándoles le concediesen algunos años de existencia para pasarlos en paz con su adorada esposa, y prometía peregrinaciones y numerosas ofrendas á la Madona. El segundo se hallaba atormentado por todas las furias del infierno, y cada vez que la barca se hallaba en peligro de ser devorada por las aguas, una esperanza feroz hacía latir con violencia su perverso corazón. Hubo un instante de inminente riesgo para los dos hermanos; una oleada al cruzar sobre su frágil esquite había arrebatado el mango de un remo.—Mientras Antonio se baja para reparar este accidente, oye á su hermano lanzar un grito agudo, vuelve la cabeza y ya no ve á Damiano; una ola le había arrastrado. El infeliz renniendo todas sus fuerzas se mantenía cerca de la barca y pedía socorro; el impulso de las

olas le llevó al mismo borde de la barea; —Antonio podía salvarle: conmovido por un sentimiento de piedad iba ya á tender el brazo, el menor esfuerzo hubiera bastado para conservar la existencia del hombre que se ahogaba... pero retiró la mano: —Providencia, exclamó, cúmplase tu voluntad!

Y, viendo que Damiano se sostenía demasiado cerca de la barca, el monstruo le descargó en la cabeza un golpe violento con el remo.

—Ah! *Maldición sobre ti*, gritó la víctima. La tempestad acojió este grito y la voz del trueno lo repitió en los ecos de la ribera.

Había transcurrido un mes despues de esta horrible catástrofe; los amigos de Damiano habían dirijido á su hermano palabras de consuelo que él había acojido al parecer con reconocimiento. Sin embargo, como se había notado que el cadáver de la víctima, descubierto por unos pescadores, tenía el cráneo magullado, empezáron á circular rumores vagos. Se decía confidencialmente que Antonio sabía mas sobre este asunto de lo que manifestaba. La incoherencia de sus discursos al referir la desgracia confirmaba las horribles conjeturas que empezaban á formarse. Sus compatriotas le huían y él por su parte tampoco los buscaba. Finalmente, fatigado ó aterrado de aquellos sordos rumores, Antonio desapareció. Despues de su partida, se dijo que se había retirado á Lipari, la mas considerable de las islas de Eolo; cuyo grupo se eleva á corta distancia.

Este suceso se iba poco á poco olvidando en Termini, pero no así á algunas millas de distancia. Todas las tardes, al anochecer, una jóven, con el cabello tendido y los pies desnudos, trepaba en silencio al monte Alfano para ver si descubría á lo lejos la barca que esperaba; despues bajaba precipitadamente hacia la

costa, y corriendo sobre las rocas de la desierta playa, se la oía gritar:

Hoe! Damiano, hoe!

Al acercarse, los muchachos huían precipitadamente, porque temían que la loca los arrojase al mar. Incapaz de poderse buscar la subsistencia, desde el día en que perdió á su novio, Michelina había visto á su madre respirar de dolor; su hermana había sido conducida á un hospicio de Palermo, y ella se mantenía de limosnas.

El autor de tantos males, el criminal Antonio había creído necesario dejar pasar cierto tiempo ántes de continuar su horrible empresa. Iba de cuando en cuando á Solanto, donde no era conocido y se informaba de Michelina. Además un día la siguió á lo léjos á la ribera y fué testigo de la tierna escena que hemos descrito.

Este descubrimiento le sugirió una idea para conseguir su execrable proyecto. Con este objeto partió un día de Lipari, para llegar al anochecer á la playa de Solanto. Había cuidado de llevar los vestidos de su hermano para aumentar en cuanto fuese posible la gran semejanza que tenía con aquel infeliz: y para asegurar el éxito de su expedición, había llevado consigo un muchacho de Lipari, con cuya fidelidad podía contar. Su proyecto era robar á Michelina y conducirla á un islote desierto del grupo de las islas de Eolo.

Empezaba á oscurecer y la noche estaba hermosa aunque negra, circunstancia favorable á su plan.

—Hoe, hoe, Damiano, exclamó en este instante la loca, hoe!

—Michelina, respondió el falaz Antonio, lanzando su barca hacia la orilla, Michelina, ya estoy aquí, qué me quieres?

Un profundo silencio siguió á estas palabras. La desgraciada, inmóvil de estupor, había caído de rodillas, estrechando en sus brazos convulsivamente el escapulario que

Damiano la había dado. Después se levanta y exclama con acento de reconven-

ción;

— Damiano, por qué has tardado tanto? Ya no me amas; no soy tu novia?

— Sí, querida Michelina, eres mi esposa y vengó á buscarte para conducirte á la cabaña de mi padre. Quieres seguirme?

— Si quiero seguirte, Damiano! has olvidado mis juramentos?

Y diciendo estas palabras, saltó lijera-mente á la barca. Antonio, ebrio de gozo, empezó á agitar el remo y se alejó de la ribera con su presa. Su intención de refugiarse á las islas de Lipari le obligaba á apartarse de las costas, y así juzgó necesario para abreviar el camino desplegar la vela de la barca! En tanto que se ocupaba en esta maniobra, ayudado de su joven compañero, Michelina se arrojó en sus brazos.

— Damiano, donde me conduces?

— Á casa de mi padre.

— No, tú no habitas allí, yo quiero ir á tu casa. Tú ya no perteneces á este mundo, tu casa está allá bajo, en el fondo del mar, harto lo sé! En vano intentas engañarme. Oh! cuanto he llorado! pero ahora todo se acabó, ya no me apartaré de tí.— Y diciendo estas palabras oprimía á Antonio con sus robustos brazos, haciendo fuerza para precipitarse con él en el fondo de las aguas. El teatro no era propicio para una lucha encarnizada: cada movimiento hacía vacilar el frágil esquife, entregado entónces á sí mismo.

— Michelina, tú estás loca, ¡sientate!

— No, ya no te abandono, ven! tardamos demasiado! ven, Damiano, esposo mio, partamos.

— Niño, socorro que me aboga!

Pero el niño aterrado se refugiaba en el fondo de la barca.

En el nombre del cielo, loca, no soy Damiano, reconóceme, soy Antonio, soy...

En este momento la barca zozobró y la pareja estrechamente enlazada flotó algun tiempo sobre las olas. Antonio se esforzaba en vano en desasirse de los dos brazos de hierro que encadenaban sus movimientos. La loca se había unido á su cuerpo como la yedra al tronco de la encina. El ruido de las olas resonaba dolorosamente en los oídos del nuevo Cain, como la voz de su hermano y que parecía gritarle: *Maldición sobre tí!*

Á la mañana siguiente un navío recojió en alta mar al niño agarrado á la quilla de la barca y medio muerto de frío y de miedo. Por su relacion se pudieron hallar los dos cadáveres. Todavía estaban estrechamente abrazados y fué preciso romper sus miembros arrecidos para separarlos uno de otro.

GRECIA.

ANTIPÁROS.

En frente de la antigua Páros, tan célebre por sus mármoles, se alza en medio de las aguas la isleta de Antipáros, que un brazo de mar de una milla de latitud separa de la primera. En otro tiempo se veían en ella hermosos pies de olivo, única riqueza del país; los Venecianos, en sus frecuentes excursiones á las Cícladas, á donde tantas veces les llamaban el comercio y la guerra, los destruyéron completamente, y solo quedan ya á los habitantes de la miserable aldea que hay en la isla algunos campos de cebada, cuya cosecha exportan.

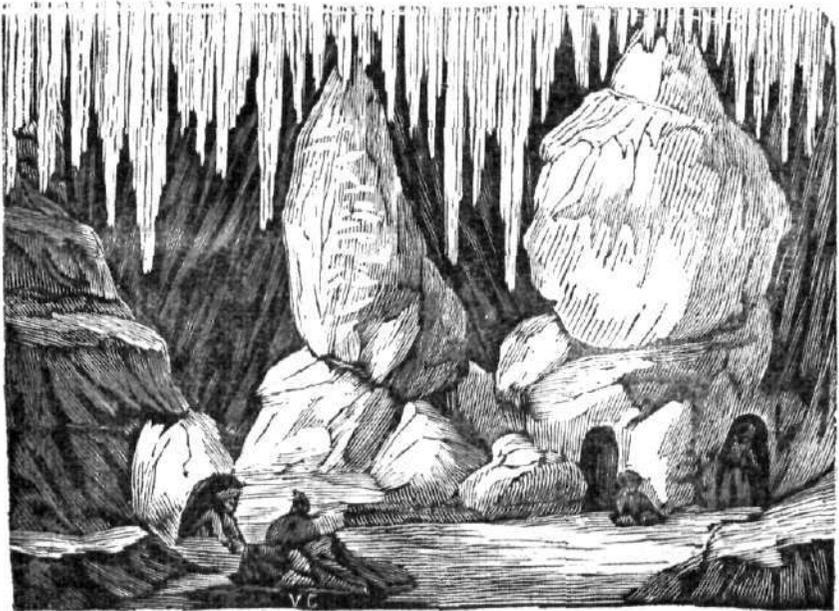
Para el viajero que no hace mas que costear aquellas tristes y despobladas riberas nada hay que cautive la curiosidad

sino algunos rostros pálidos vueltos al oceano, como buscando en la vista de algun bajel una diversion á la monotonía de aquellos lugares; pero si, á pesar de estas apariencias, se penetra en una tierra que tan maltratada parece, entónces se mudará el espectáculo, pues Antipáros tiene tambien su maravilla, y esta maravilla merece una páusa del viajeo que recorre la Grecia, tanto para admirar la naturaleza como para buscar los restos de las grandezas pasadas. Desde Tournefort y Choiseul-Gouffier, ha adquirido la gruta de Antipáros gran celebridad.

La entrada de la caverna nada tiene de imponente, pues consiste en una sencilla bóveda de rocas, en medio de la cual se alza una columnata natural. Despues de haber andado algunos minutos se halla una rampa bastante suave que da á una cavidad en donde se entra para llegar á una pequeña plataforma de seis ó siete pies de profundidad. Desde este primer piso se comienza á bajar por una escarpa bastante agria, de setenta pies de profundidad perpendicular: este es el único punto peligroso y que requiere cierto hábito adquirido en excursiones semejantes. La rápida bajada termina en una roca cuya parte superior está redondeada, y es en extremo resbaladiza por la mucha agua que desprendida de varios parajes de la caverna, se precipita formando mil graciosos jiros, mil elegantes cascadas. Sin embargo, desde la cima de esta roca tan lisa es necesario dejarse caer de espaldas para penetrar en una galeria muy baja y ménos rápida que conduce á la gran sala, que constituye verdaderamente la gruta; pero de la cual está aun separada por otro enorme peñasco que hay que rodear primeramente. Allí ha desplegado el reino mineral toda su variedad y riqueza. La bóveda de este subterráneo descansa en magníficas columnas formadas por la reunion de estaláctitas y

estalágmilas: las paredes de la caverna están entapizadas de los mas extraños y al mismo tiempo elegantes dibujos y bajo-relieves naturales: formando allí mil graciosos festones reunidos por grandes masas redondeadas, aquí una especie de racimos que guarnecen como guirnaldas toda la bóveda. Distinguen en uno de los pilares los restos de una inscripcion que Tournesfort leyó y publicó en la relacion de su viaje. La

tradicion popular dice que es la lista de los nombres de los griegos que conspiraron contra la vida de Alejandro y que habian elegido aquel subterraneo para celebrar sus reuniones. Pero esta creencia no puede tener otro apoyo que el nombre de ANTIPATER que se lee á la cabeza de la inscripcion, nombre del gobernador puesto en Macedonia por Alejandro cuando este proseguía sus conquistas en el Asia.



Pero, de todo cuanto puede ser admirado en la gruta, la petrificación conocida bajo el nombre del altar es lo que hay mas asombroso y magnifico. Es una majestuosa estalágmila de veinte y cuatro pies de altura, cuya base tiene mas de veinte de diámetro y constituye el mas hermoso pedazo de mármol que puede hallarse. Los adornos que la coronan presentan la figura de coliflores. Para dar vuelta á

la gigantesca estalágmila se pasa por debajo de un macizo que forma una como galería inferior, pero admirablemente entapizada por ambos lados; las paredes son de resplandeciente blancura, comparable á la del alabastro, y de ellas cuelgan festones que reuniéndose sobre el altar, forman lo que se llama el *ático*. Este altar debe su nombre á M. de Nointel, embajador de Luis XIV en Constantinopla, quien

con cerca de quinientas personas pasó en esta sala las fiestas de Navidad de 1673 y mandó celebrar la misa sobre la mole colosal. Una inscripción que se vé en la gruta conserva la memoria de este hecho curioso.

Tal es la caverna de Antipáros; pero ¿como se ha formado? ¿Sería al principio una cantera de mármol, ó bien ha sido siempre una de aquellas concavidades que se encuentran en muchas montañas calcáreas? Esto está en el día sin decidir, y tal vez se pasará mucho tiempo ántes de que la ciencia dé una solución exacta sobre la materia.

LOS CRUZADOS EN VENECIA, ó la finida Emperatriz.

(Continuacion.)

EL ROMANCE.

Pablo templó el laud. No reina silencio mas profundo en los senos lóbregos de las catacumbas romanas, que el que dominaba en la vasta extension del canal en aquellos momentos de ansiedad é impaciencia para el enamorado Marques. Vibraban, penetrando hasta el corazon, las armoniosas cuerdas del afinado instrumento. Apolo mismo vino á inspirar en acordes preludios las románticas inflexiones de una encantadora improvisacion; y los ecos del laud de Pablo, resonando y multiplicándose por los anchos ámbitos de la tranquila atmósfera, transmitían á las obscuras sinuosidades del Adriático la tierna expresion de una melancólica, dulce y apa-

sionada melodía. Posaba el alma del trovador sobre sus labios fervientes, hiriendo tambien con sus ligeras alas el sonoro laud; y la triste cuanto bien entonada cantilena llevaba, con el sello de la trinidad mas suave, el colorido de un agradable tormento que cuando devora el corazon le halaga todavía. Entreviáse en todas sus frases el entusiasmo de la pasion mas pura, y tan sentidamente tierna que se hubiera podido creer que el amor, no juzgándose con recursos suficientes, había pedido su expresion á los zelos para inspirarla.

Entreabrióse el cortinaje del balcon, y apoyándose una jóven sobre el balaustré quedó tan inmóvil como pudiera estarlo una estatua. Enviaba la luna sus pálidos rayos como con cierto respeto temeroso sobre la brillante gasa de plata con que aquella aparicion velaba sus hermosas formas. Su nacarado seno, conmovido por la armonia, palpitaba con no acostumbrada precipitacion. Un llanto abundoso inundaba sus sonrosadas mejillas; y alternativamente mortificada ó complacida con las mas violentas sensaciones de dolor y alegría, sus delicadas manos, mas blancas que los nevados copos que vuelan sobre las cumbres del escarpado Apénino, temblaban siguiendo el movimiento de vibracion del encantador laud. Cada modulacion, cada palabra desgarraba aquel corazon ajitado, leyéndose distintamente en unas y otras las quejas profundamente sentidas de un amante á quien se ha hecho traicion. El trovador, cuyos apasionados suspiros se combinaban con las deliciosas cadencias, hizo de repente una transicion inesperada y terrible; y abandonando el romance amoroso por las fulminantes sentencias del profeta Isaías, sus labios un instante halbucientes arrojaron en el ámbito del canal como perlas ensangrentadas las siguientes estrofas:

¡ Porque las hijas de Sion pecáron
Castigadas serán, que del Eterno
La venganza terrible provocáron!

Desnudo el seno, impúdicas ostentan,
Lascivos ojos... Con infame planta
Sendas de iniquidad solo frecuentan,
¡ Ay! Cuando al cielo ofenden
Pérfido lazo á las virtudes tienden!

¡ Porque las hijas de Sion pecáron
Castigadas serán, que del Eterno
La venganza terrible provocáron!

Flor que perece al tramontar del día,
Con breve soplo agostará el Eterno
La efímera beldad y lozanía.
¡ Ay! Con diestra severa
Segará la dorada cabellera!

¡ Porque las hijas de Sion pecáron
Castigadas serán, que del Eterno
La venganza terrible provocáron!

De vuestras manos, por jamas impuras,
Arrancará las joyas refulgentes...
Y rasgará las ricas vestiduras.
¡ Ay! Desnudas y yertas
Sereis de espartos ásperos cubiertas.

¡ Porque las hijas de Sion pecáron
Castigadas serán, que del Eterno
La venganza terrible provocáron!

Los acentos del laud y la voz del poeta
habían llegado á adquirir tal expresion de
terror que ocultándose repentinamente la
jóven se corrió delante de ella el cortina-
je del balcón, y muy poco despues re-
sonó hasta la concavidad de la góndola
un grito agudísimo, semejante al que ar-
rojaria una mujer espirando al golpe fu-
ribuado de enemigo puñal.

El Marques de Montferrat salta con no
vista lijereza sobre las gradas del palacio,
en cuyo sitio había principiado y conti-
nuaba Pablo su fatal concierto: se lanza

sobre el desgraciado trovador, lo sujeta
bruscamente con una mano, y desenvai-
nando la espada con la otra, hiere furio-
so á su víctima. Pablo bañado en su pro-
pia sangre vacila y cae, estrechando em-
pero sobre el pecho el querido laud, que
crujiendo entre sus brazos pareció lanzar
el ¡ay! de la desesperacion. Todos los ami-
gos del Marques le rodeaban ya, procu-
rando tranquilizarle, y consiguiendo por
fin no sin gran trabajo arrastrarle á la
góndola que desapareció en seguida. El tro-
vador yerto, herido, abandonado bajo el
balcon de la bella Margarita, no vió un
momento despues en derredor de sí mas
que sangre, y el instrumento malhadado
que causára su infortunio.

(*Se continuará.*)

TEATROS PRINCIPALES DE MADRID.

JUNTA DE LECTURA.

Celebró su última sesion en la noche del
domingo 24 del próximo pasado marzo.

El Sr. D. Luis Maria Pastor, em-
presario de dichos teatros, dió gracias á la Jun-
ta por su asidua cooperacion en favor de
los intereses de la Literatura y del Arte,
íntimamente relacionados con los de una
especulacion de este género, y presentó un
estado comparativo de las obras dramáti-
cas puestas en escena desde el año de 1831
inclusive, de cuyo documento resulta que
en los ocho años transcurridos se han eje-
cutado cincuenta y nueve dramas origina-
les y doscientos traducidos; correspondiendo
á los seis años anteriores al establecimien-
to de la Junta veinte y ocho de los prime-
ros y ciento treinta y siete de los segundos;

y á los dos años que cuenta la institucion treinta y uno de aquellos y sesenta y tres de los últimos; viniendo á deducirse que en el sexenio de 1831 á 1836 estaban las obras orijinales en proporcion de veinte por ciento respecto de las traducciones; en 1837 en la de cuarenta y uno; y en 1838 en la de setenta.

El Sr. Presidente D. Antonio Gil de Zárate contestó á nombre de la reunion al Sr. Pastor, manifestando que la Junta se habia ocupado con el mayor interes de los asuntos para que fué instituida: que en el desempeño de sus espinosas atribuciones habia mirado siempre por el honor y por los intereses de la Literatura, procurando que estos se conciliasen con los de la Empresa en cuanto fuese posible: que en todos sus fallos habia reinado la mas absoluta rectitud de intencion; y que si el público ha reprobado alguna vez obras admitidas con la favorable censura de la Junta, la única recriminacion que puede hacersele es la de haber usado de una lenidad plausible, por no desanimar á los injenios. Dió tambien gracias á la Empresa por sus jenerosos esfuerzos en favor de los que se dedican á esta dificil carrera, ya emancipándoles con la conservacion de la Junta de un estado hasta cierto punto depresivo, ya aumentando las recompensas que eran harto mezquinas é indecorosas. Por último dijo que en el resultado del movimiento literario en los años de 1837 y 1838, relativamente al ramo de teatros, podía fundarse muy bien una parte de la demostracion de los servicios que á este jénero de Literatura ha conseguido hacer la Junta, pues aparecia tan mejorada la proporcion entre orijinales y traducciones; para lo cual era muy justo suponer un estímulo especial, ademas del determinado en jeneral por el desarrollo del talento en todos sentidos, en la época de progreso que aluanzamos.

COSAS DE MADRID!

En este venturoso siglo todos tenemos nuestra *mision*; es decir, todos hemos venido al mundo para alguna cosa. Lo mismo ha sucedido siempre, aunque no haya sido de moda la culta frase á que aludo: puede que á nuestros ascendientes les sucediese lo que á aquel otro que escribia en prosa, sin haber nunca reparado en ello.

Así, pues, el empleado tiene la *mision* de contribuir al buen gobierno de los que no gobiernan, pero pagan: el periodista de oposicion tiene la de probar que es malo aquello que por la *mision* de otros se prueba ser bueno: mi criado (antes de haber yo suprimido este artículo como de puro lujo) tenia la de limpiarme las botas: ciertas mujeres que abundan en Madrid tienen la de cooperar á la inversion de las rentas y arbitrios de los hospitales: el tramposo la de vivir á costa de *primos*, aunque no tenga parientes: mi cajista la de echar reniegos porque le entrego tarde el orijinal; y yo la de desesperarme con las muchas mentiras que en despique me hace decir algunas veces.

Mas como con esto de las *misiones* sucede lo mismo que con lo de las extravagancias, que cada cual puede tener y decir que tiene las que quiera, habrán de saber mis amados lectores que otra de las *misiones* mías es la de criticarlo todo, á diestro y siniestro, sin andarme en dengues ni repulgos; bien que pueda probárseme que desde el tobillo á la coronilla, por de fuera, y desde la glándula pineal hasta el mas inadivisible rincón de mi cerebro, por dentro, tengo yo *mas faltas* que una pelota de á dos cuartos. No sé, sin embargo, si esta *mision* es recibida, ó si me la he tomado, suponiendo que alguien

me la daba, en cuyo caso es falsa, mas falsa que costura de pantalon hecho en roperia, y perdonese me lo disparatado del modo de comparar; pero aun así ¿qué? Un apóstol mas entre tantos apóstoles que lo son por oficiosidad pura. Á otros se les ha metido en la cabeza que porque ellos lo digan, y porque algunos lo crean, aunque muchos lo duden, tienen la facultad de dar el tono en política y en administracion: nada hay de particular en que yo me crea revestido de igual poder respecto de otras materias. Mi carácter observador, mis tendencias individuales me llevan por este otro camino. Acaso mi propia conviccion sobre mis innumerables faltas me induce á descargar el látigo en la espalda del prójimo, por aquel principio de *reñir para que no riñan*, en lo cual tengo compañeros á centenares.

Entre las muchas cosas, pues, que yo no puedo decir, ocupa distinguido lugar la manera con que en esta culta capital de una culta y católica Monarquía celebramos las festividades religiosas. En esto, como en otros muchos asuntos, me parece que estamos jugando siempre á los despropósitos. En este Madrid inferirá cualquiera la importancia relativa de las fiestas por el mayor ó menor número de desórdenes. No hay *Noche-buena* que merezca este nombre sin miles de irreverencias en los templos, sin torpes borracheras, sin escandalosa jarana. Cualquier funcion de cofradía se ha de inaugurar y ha de concluir bajo la influencia de los vinos andaluces. Las procesiones establecidas para llevar á los impedidos el Santo Viático figuran como ganancia segura en el presupuesto de productos de muchas tabernas. El Corpus hace perder á multitud de artesanos los dos días que median entre esta fiesta y el próximo domingo. San Isidro tiene á su cargo innumerables navajazos, y un archivo entero de procesos criminales.

Empero, donde mejor presa podía hacer mi mordacidad era en la llamada Semana Santa. En ella resaltan mucho mas el desorden y la profanacion, presentando al observador un cuadro animado de chocantes anomalías, aunque en honor de la verdad no son ya tantas como eran en los tiempos en que jugaba yo á *Pinto-Pinto*. Entónces, despues de *sacar las vacas á veinte y cinco*, pedía á mi abuelita un trompetero, con cláusula precisa de que había de tener muy grande la caperuzas. Ya se ve: los trompeteros eran comparsa obligada de la Semana Santa: ahora lo son de todas las del año civil, no obstante haberse abandonado las caperuzas y los sacos rozagantes por los paletots y por los capotones. En la tarde del domingo de Ramos salía la primera procesion, y continuaban saliendo todas las demas, dia por dia, y en algunos dos, hasta el viernes inclusive, haciéndose gran consumo en todas ellas, ó con motivo de ellas, de cuantos comestibles presentaban al público especuladores ambulantes, poniéndole en tentacion continua de quebrantar el ayuno. Parodiábanse en algunos establecimientos los santos misterios de nuestra redencion celebrados en esta época; y los predicadores que distribuían al pueblo en las plazas el pan de la divina palabra, se veían frecuentemente interrumpidos con frases obscenas por muchos de los que pasaban de largo, y hacian befa y burla del orador y del auditorio, y se divertían en distraer á unos, en tropezar á otros, y en reirse de todos. Forzoso es, pues, confesar que en este sentido hemos adelantado mucho; y que la suma de sacrilegios de toda clase ha disminuido de un modo sensible. Sin embargo, aun queda mucho que remediar: aun hay que hacer largo camino hasta conseguir que se borre de estas prácticas religiosas todo matiz profano; pero haré alto en la cuestion de actualidad que aquí pu-

diera suscitarse, porque la considero fuera del círculo en que debo contenerme. Doy, pues, un salto mas prodigioso que el de Alvarado, y desde el pavimento de la poblacion me encajo sobre el tejado de cualquier edificio, y á caballo sobre el vértice del ángulo superior de una boardilla principio á examinar el sistema de esas canales á manera de flautas de órgano que en vez de armoniosos sonidos nos regalan por fracciones torrentes de lluvia cuando bien le place al de arriba ponernos en remojo.

Á quien estará reservada, exclamo desde mi atalaya culminante, la *mision* verdaderamente útil de modificar en este ramo la urbana policia! Quien será el Pontefe de los tejados, ya que tan adelantadas tenemos las aceras! Qué razon hay para que, convertidas en lagunas lodazosas ofrezcan á nuestros pies casi continuo resbaladero, sometidas á la maléfica influencia del perverso sistema adoptado en esta parte para la construccion de los edificios? No es en extremo incómodo, tener uno que caminar sorteando el sin número de chorros perpendiculares que de cuatro en cuatro pasos amenazan paraguas y sombreros? Está bien que se permita al propietario de una finca arrojar á la vía pública el agua que cae sobre su propiedad, pero debiera exijirse que la arrojara sin tan evidente perjuicio del que por gusto ó por necesidad se encuentra en la calle y tiene que asistir á una escena de diluvio.

Antes de bajar de la altura á que me he encaramado voy á hacer otra observacion; y digo *antes de bajar*, porque el objeto á que me refiero es mejor para figurar en lontananza que en proximidad. Aquí de la *salud* pública comprometida! Cuando se cuidará lo bastante el ramo de limpieza, y se evitará la fetidez hedionda que exhalan las comunes sentinas, emponzoñando la atmósfera que respiramos?

Bájome ahora, y al volverme á colocar en medio de la calle, me asombra la elevacion de muchos edificios. Pobre del que tenga que subir al cuarto quinto *interior!* digo entre mí. Pobre del que more por aquellos paises en ocasion de un incendio! Pero todas estas lamentaciones son infructuosas: los arquitectos no han recibido la *mision* de ensanchar la *planta* sino la de prolongar la altura. Aquí tiene Usted cuatro varas cuadradas de solar, dice un casero: hágame usted dos tiendas con entresuelo, dos principales, dos segundos, dos terceros, dos cuartos y cuatro boardillitas: el arquitecto no puede tomar nada á derecha ni á izquierda, pero toma de abajo á arriba, porque el aire es elemento comun y gratis—dato, y á dos por tres encaja un andamio en las nubes. Y digan lo que quieran los extranjeros sobre la ultralimitacion indeterminada de sus mas famosas ciudades: aqui padecemos de contraccion hasta en los entendimientos, y no debemos estirar la pierna ni aun hasta donde alcanza la sábana.

AZCONA.

RAMILLETE.

TEATRO DE LA CRUZ.—LA STRANIERA. Acabamos de ver reproducida esta sublime concepcion de Bellini. La Compañia española que se ha formado para trabajar en este Teatro durante el actual año cómico, hace los esfuerzos mas laudables á fin de captarse la benevolencia pública, y lo ha conseguido ya hasta el punto de haberse aplaudido esta vez la *Straniera* mas que nunca, comprendidas las primeras representaciones de aquella época en que la admirable expresion de la *Tosi*, y la robustez y rotundidad de su canto apianato hacian las delicias del público madrileño. La comparacion era, pues, tanto mas peligrosa cuanto que recorriendo diferentes términos se debía elevar por último á tamaña altura.

La Señora Villó ha desempeñado su difícilísima parte de una manera sorprendente, sin dejar tal vez nada que desear al mas exigente y descontentadizo, y puede tener la gloria de haber sido el objeto de los mas estrepitosos aplausos que se han oído en el teatro de la Cruz de muchos años á esta parte.

La Señora Lombía brilló en el papel de Isoletta haciéndose aplaudir con justicia y con entusiasmo.

El Sr. Unanue ha lucido mucho en el papel de Arturo, y recojido tambien satisfactorios laureles.

El Sr. Calvet es un Valdeburgo digno de todo elogio. El público le aplaudió como le aplaude siempre, estimulando su conocida aplicacion.

Nada podemos decir del Sr. Rodríguez Cañonje porque su papel es insignificante relativamente á los otros, y no puede utilizar en él sus bien cultivadas facultades que le colo-

can en mucho mas ventajosa categoria; pero no está lejos el momento en que, con mejor parte, se le adjudique la que le corresponde en los primeros triunfos de la escena lirica puramente española.

—Hasta ahora era ignorado el modo de jenerar de las anguillas. Nunca habia podido encontrarse en ninguna de ellas ni huevos ni fetos; y por consiguiente no podia decirse si eran ovíparas ó vivíparas. M. de Joannis ha descubierto que son vivíparas. Puso sin intencion entre dos platos hondos una anguilla recién pescada; y por la noche la halló rodeada de otras doscientas, de pulgada y media á dos pulgadas de longitud, del grueso de un hilo y casi blancas. Con este motivo se ha probado que las anguillas crecen con mucha rapidez.

—El teatro de Mons ha sido devorado por las llamas.

ESTE PERIÓDICO SE PUBLICA TODOS LOS JUÉVES.

Precio de suscripción.— 4 rs. mensuales, en Madrid, llevado á las casas. En las provincias, 18 por un trimestre, 34 por seis meses y 60 por un año, franco de porte.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en los puntos de suscripción en Madrid que son los siguientes: librería de *Cuesta*, frente á las Covachuelas: estamperia de *Valle*, calle de Carretas: almacén de papel de *Fernandez*, calle de la Concepcion Gerónima.

Provincias. Alcoy, *Cabrena*. Aljéciras, *Grimaldi*. Alicante, *Carratalá*. Almería, *Santamaría*. Badajoz, *Vinda de Carrillo*. Barbastro, *Lafita*. Barcelona, *Pisferrer*. Bilbao, *Delmas*. Burgos, *Arnaiz*. Cádiz, *Hortal*. Cartajena, *Benedicto*. Castellon de la Plana, *Gutierrez Otero*. Coruña, *Perez Ferrol*, *Tajonera*. Granada, *Bada*. Guadaluajara, *Ruiz*. Jaen, *Orozco*. Jerez, *D. José Bueno*. Leon, *Paranio y Miñon*. Logroño, *Ruiz*. Lugo, *Pujol*. Málaga, *Carreras*. Mahou, *D. Juan Sitjes y Farnes*. Orense, *Gomez Novoa*. Oviedo, *Longoria*. Palma, *Guasp*. Pontevedra, *Sr. Administrador de Estierias*. Ronda, *Fernandez*. Salamanca, *Blanco*. Santander, *Riesgo*. Segovia, *D. Domingo Alejandro*. Santiago, *Rey Romero*. Sevilla, *Hidalgo* y *D. Luis de la Pila*. Tarragona y Reus *D. Francisco Sanchez*. Valladolid, *Pastor*. Vitoria, *Ormitague*. Zaragoza, *Lahoz*. Y en las Administraciones de Correos de Avila, Andújar, Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad-Real, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Valencia, Tarracon y Tuy.

Las reclamaciones y cartas se dirijirán, francas de porte, á la Redaccion del Panorama, calle del Amor de Dios, número 5, cuarto principal, escalera de la derecha. Estará abierta desde las 4 de la tarde á las 8 de la noche.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, número 7.